

# LAS MUJERES CUENTAN...

## WOMEN TELL...

Numancia Rojas Hernández  
*Narradora oral*

### RESUMEN

Mujeres valientes, mujeres que se hicieron a ellas mismas, mujeres que no se dejaron dominar y que lo dieron todo. Mujeres trabajadoras, divertidas, luchadoras, sensuales y pícaras. Todas ellas son las protagonistas de esta sesión de cuentos. Cuentos de la tradición oral y cuentos literarios.

**Palabras clave:** Mujeres. Relatos.

### ABSTRACT

Brave women, women who made themselves, women who did not allow themselves to be dominated and who gave everything. Working, funny, fighting, sensual and crafty women. All of them are the main characters of this storytelling. Stories from the oral tradition and literary tales.

**Key words:** Women. Stories.

### Reencarnación

Cuando en noches de luna llena me pongo a aullar, arriba en la terraza del edificio, mis amigas y amigos, sobre todo mis vecinas, dicen que es porque en otra vida seguramente fui lobo o perro. Desde allí miro toda Barcelona y en especial el mar bañado por la luna. Yo me río de lo que dicen porque yo sé que, sencillamente, es la locura la que se ha apoderado de mí. Loca mil veces loca por el hombre que me amó y que era un lobo solitario que prefirió a la luna antes que a mí. Por eso le aúllo a la luna para que algún día me lo devuelva.

## La Nuri

“¿Verdad que no somos iguales, verdad?” La Nuri se acerca a su marido y le besa con ternura. Su marido con el beso se tranquiliza, pero la periodista lo inquieta con el tema de la igualdad así es que toma el mando del televisor y cambia de canal. La Nuri sigue preparando los bocadillos para sus tres hijos y la comida que se tiene que llevar al trabajo su marido. A tiempo recuerda que, además, tiene que hacer la ensalada con atún para la niña mayor, la que va a la universidad. Envuelve los bocadillos lo más rápido que puede y los mete en cada mochila. A esa hora de la mañana los minutos vuelan.

Su marido sigue mirando las noticias en la televisión mientras sus hijos se van acercando a la cocina para desayunar. Ella va sirviendo el desayuno y de paso vigila que la comida de su esposo quede rica. De reojo mira a su marido y a su hija mayor para comprobar que el desayuno se lo están tomando a gusto. Los gemelos son unos tragones, a ellos no hace falta que los observe. A medida que van terminando va despachándoles con besos, caricias y buenos deseos.

Al final, y ya sola en casa, se ducha, desayuna, hace las camas, va al supermercado, adelanta la comida y se va a limpiar una casa. “Tres horitas de nada”, se dice alegre. Ella, en esas tres horitas de nada, es capaz de dejar aquella vivienda reluciente. Vuelve a su casa, termina de preparar la comida y espera a sus hijos.

Los gemelos llegan del instituto cansados y dispuestos a devorarlo todo. Come junto a sus hijos, mientras hablan de los estudios y del abuelo. Apenas terminan de comer ellos se van a dormir la siesta un ratito y luego a la Biblioteca del barrio a estudiar un poco. Nuria, entonces, se va a limpiar otra casa. Esta vez son sólo dos horas. Mientras limpia comienza a calcular en voz alta. “A siete Euros la hora, hoy me he ganado treinta y cinco. Con eso y lo del día siguiente tendré para el libro de la niña. Que la niña me salió inteligente y los libros de medicina son caros. Lo del supermercado ya veré de dónde lo saco”.

Su marido termina a eso de las cinco y va con sus compañeros de la obra a tomar unas cervecitas por ahí, y a conversar sobre la liga de fútbol y, si cabe, de la vida.

Ella termina de limpiar la casa ajena y aprovecha para pasar por la Boquería, que le han dicho que ese día hay pescado a bajo precio. De paso compra aguacates, cebollas, tomates y una ganga: 5 kilos de patatas a 3 Euros. Por una hora y media de su trabajo tiene para hacer una buena comida.

Llega a casa, comprueba que los gemelos han hecho los deberes. Su niña mayor y su marido deben estar a punto de llegar. Va al baño, se ducha rápidamente, se viste como para salir y se da un pequeño toque de maquillaje. Por primera vez en todo el día se mira en

el espejo, y se siente bien porque sabe que su hombre la encontrará guapa y coqueta para él. A la hora de siempre llega su marido, ese grandullón que tanto ama. Un metro ochenta y cinco y noventa kilos de peso que ella adora. Desde los quince le quiso y ahora siente por él lo mismo que hace veintidós años atrás.

Sirve la cena a sus hijos, mientras, con voz dulce, le pide a su esposo que la lleve a la residencia donde está su padre. Allí, cada vez que puede, va a echarle un cable a su madre quien se empeña en acostar a su marido cada noche. Por eso la Nuri va, porque su madre ya no está para hacer esas cosas sola.

Van en el coche de su marido. Ella nunca ha tenido auto, ni moto, ni bici, ni patines.

Llegan a la residencia, ella besa a su marido y le promete que en veinte minutos estará de vuelta. Él para hacer más liviana la espera se mete en un bar a beber una cervecita y a mirar un poco la tele. Ella sube lo más rápido que puede. Al verla, a su madre se le ilumina el rostro de felicidad. Su hija nunca le falla. Cada noche, como puede, viene a ayudarlo.

Por más que ella le hable y le diga "papá, papito", no recibe respuesta. Hace años que tiene Alzheimer y ya ni siquiera le mira a los ojos. En pocos minutos lo tienen en la cama. Le hablan y le dan besos de buenas noches. Las dos mujeres salen a la calle y ven que el marido de Nuri les espera.

Van a dejar a la madre de Nuri y vuelven a su casa. Al entrar en casa ella le habla de amor y le besa. Él se emociona como un niño. Ella es el amor de su vida. Sin ella no sería nada.

Entran en la cocina y mientras ella va poniendo la cena, él enciende el televisor. La periodista no es la misma de la mañana, pero habla del mismo tema: la igualdad de género. Él mira a su esposa y le pregunta dudoso; "¿Verdad, mi amor, que no somos iguales, verdad"?

Ella se le acerca, le sonrío, lo besa y luego le dice: "verdad".

## **El asiento rojo**

A veces me pregunto cual sería mi regalo más preciado y me respondo, sin duda alguna, y aunque ustedes no me lo crean: el asiento de un autobús. Sí, sí, el asiento de un autobús. ¡Ah! Pero lo quiero rojo. Claro, porque si me lo imagino gris y liso ya la cosa no me gusta mucho, porque es de corta duración, ya que es obligatorio dar estos asientos a una persona mayor o con muletas o embarazada. En estos casos, me tengo que levantar y cederlo antes de que me linchen.

Yo sueño con un asiento rojo, no al lado de la ventana sino junto al pasillo. Que pueda recibir el aire acondicionado sin resfriarme y que en invierno reciba el calorcito sin achicharrarme.

Cada día, después de mi jornada de trabajo, me voy a casa con los pies hinchados. Soy vendedora en una tienda y estoy todo el tiempo de pie y con suerte bajando y subiendo cajas. En la parada no hay un miserable asiento así es que espero a que venga el bendito autobús en un solo pie; así, por lo menos, descanso el otro. Luego me subo con dificultad al bus y es entonces cuando yo daría cualquier cosa por tener un asiento rojo disponible para mí. Que desde lejos se pueda leer: RESERVADO, como en los restaurantes que a una le preguntan a qué hora vendrá a cenar y, entre quien entre, nadie ocupa tu mesa ya que tiene un cartelito que indica que está esperando a que tú llegues. Y yo me pregunto el porqué los autobuses urbanos no lo tienen. ¿Por qué cuando me subo no me está esperando mi querido asiento rojo de toda la vida para que sea yo la que lo ocupe? ¿Por qué razón no tengo yo un asiento para mí solita?

Por eso yo quiero que alguien me regale un asiento de autobús. No sé cómo lo verá el Alcalde, pero casi que no me importa porque seguro que él tiene muchos asientos reservados y de todos los colores, especialmente el asiento del Ayuntamiento. Y como buena trabajadora que soy debería tenerme en cuenta y él mismo debería regalarme el asiento rojo para mi cumpleaños.

Estoy segura de que mucha gente se pelearía por tener un regalo como el que yo quiero, aunque nadie lo confiese, y a veces se hagan los tontos o las tontas y cuando un asiento queda libre lo miran, lo desean, lo necesitan, pero por no declararse mayores o débiles no se sientan y se lo ceden con miradas de desprecio hacia el pobre asiento que les hace mayores o egoístas. Es entonces cuando yo me aprovecho y pido perdón y permiso y me siento. Qué me importa que piensen que soy mayor o que estoy cansada si total cuando llego a mi casa después de una buena ducha soy otra, que ríe, que canta y que sueña con que alguien le regale el regalo de su vida: un asiento rojo de autobús.

### **Cerrar los ojos**

De pie, frente al Hospital de Sant Pau, miro las luces que se van apagando. Allí dentro está una mujer a la que apenas conozco y a la que quiero como si fuera un familiar cercano, pero no lo es. Recuerdo que las últimas veces que la vi., en la residencia de gente mayor, se le notaba cansada. Se intuía que el calor la estaba matando poco a poco.

Antes, cuando me acercaba a darle una caricia, ella cerraba los ojos y suspiraba profundamente. Luego, un par de lágrimas caían sobre su rostro marchito.

Ahora, recordando su gesto, yo también cierro los ojos y suspiro. Me imagino cuántos

ojos y cuántos suspiros en cadena, o todos a la vez, se estarán produciendo en este Hospital, y cuánta gente estará cerrándolos para no abrirlos más. Y la veo cerrar los suyos por última vez y me alegro porque ya no tendrá que aguantar tanto mal recuerdo. Ya podrá olvidarse de cómo las manos de su marido se estrellaban una y otra vez contra su cuerpo. También se olvidará de los últimos meses en que, antes de despedirse, él le decía: “ahí te quedas por tonta”. Yo me voy de copas y tú te quedarás ahí en esa silla de ruedas. Yo me sentaba lejos, pero le oía, y en cuanto él se marchaba, me acercaba a ella y la acariciaba tratando de compensar todo el dolor que esa mala persona le había causado. Pero sabía que todo intento por equilibrar la balanza sería poco. Había demasiada tristeza en esos ojos verdes. En esa mirada hundida. A veces ella hablaba un poco y me decía: “mama, mama cuentos”. Ella, por culpa de su Alzheimer, pensaba que yo era su madre. Después, yo me acercaba y le contaba un cuento. En la historia, ella era la princesa que salvaba a unos niños y ningún príncipe rana venía a darle un beso para golpearla después. Y ella sonreía y me acariciaba. Si por sorpresa él regresaba, yo me apartaba rápidamente para que él no se enojara con ella. Porque él la celaba, la vigilaba y se molestaba si alguien se acercaba a ella. Un día que me vio contándole cuentos me dijo de manera despótica: “Ella es tonta. No se entera de nada”. Yo le contesté que sí, que le gustaban los cuentos.

“¿Cuentos? Si no tiene idea de nada porque es tonta”. Pero ella sí que tenía idea porque en cuanto me escuchó contarle uno me dijo en un susurro entrecortado: “Mama, mama cuentos”. Nunca vi ni oí a nadie hacer lo que ella: llorar y reír a la vez mientras me decía mama. Y el llanto era como un reproche a su madre y la risa su reconciliación. Desde ese día no dejó de llamarme mama, y lo decía así, sin acento. Y yo no dejé de observarla e intentar con mis cuentos y mi cariño compensar lo que recibía de su marido. Pero era muy difícil. Lo tenía todo en contra.

Yo me acercaba y le decía, cuando quedaba sola: “linda, bella, preciosa, tú no le hagas caso, tú eres la más bonita y la más lista de todas”. Le acariciaba la cara y las manos y ella, como podía, levantaba sus manos y me acariciaba mientras me decía mama.

Poco a poco le enseñé a pronunciar mi nombre. Yo quería que supiera que yo la quería y que no era su madre sino una amiga. Y lo entendió. Yo llegaba al comedor y mientras atendía a mi propia madre la miraba de reojo. Ella estaba controlándome con su mirada verde. Le hacía una seña que entendía perfectamente y en cuanto su marido se iba corría hacia ella y ella volvía a reír y a llorar a la vez. Decía mi nombre mientras cerraba los ojos y dejaba caer algunas lágrimas por sus mejillas.

Ahora está ahí, en el interior de este lindo Hospital. Yo estoy fuera acompañándola desde lejos y cerrando los ojos como ella lo hacía. Lo hago con su misma parsimonia. Cientos

de turistas sacan fotos al hospital más bonito del mundo y yo parezco una más mirando la fachada del Hospital. Pero yo estoy cerrando los ojos y deseando que ella también los esté cerrando para descansar, por fin, en paz.

### **Mensaje de amor**

Casado, gordito, un poco calvo y bajito busca chica joven, buen cuerpo, pelo rubio, alta, libre, sensible, que no sea celosa, que esté dispuesta a amar y que sea lo suficientemente inteligente como para no fijarse en el físico.

### **Fulgores Lejanos**

¿Te acuerdas de mí? Ya sé que mi voz de alguna manera te debe sonar familiar, o mejor dicho conocida. La verdad es que nunca hablamos por teléfono, pero ahora, ahora no me queda más remedio.

Soy aquella pelirroja, la única que conociste en La Habana. Ahora sí te acuerdas, ¿verdad?

Ha pasado mucho tiempo, pero aquel viaje sigue presente en mi memoria y sólo por ti, porque no pude conocer más que el aeropuerto, el hotel, una farmacia y la calle de las discotecas. El resto que ofrecía la agencia, nunca lo llegué a visitar. Todo lo cambié por el gozo de estar a tu lado.

Ya sé que te has casado y que tienes tres hijos. Ya sé que tu vida siguió el curso trazado por tus padres, por ti y por mí. En fin, por la sociedad.

Yo, en cambio, después de conocerte me divorcié. Mi hija está a punto de terminar su carrera y vive con un chico estupendo. Mi hijo, por su parte, no quiere cortar el cordón umbilical y sigue viviendo conmigo. Su hermana siempre le hace bromas por esta situación, pero quiero ser sincera contigo - tú que eres la única persona que me conoce de verdad-, a mí me gusta que dependa de mí, ¿sabes? Por lo menos siento que alguien me quiere y me necesita.

Como ves mi vida ha seguido su curso: el trazado por mi familia, por la sociedad, por mí y por ti.

¿Que por qué te llamo? Y, sobre todo, ¿cómo he conseguido localizarte?

Hace tres años que te busco desesperadamente. Yo sólo tenía tu nombre, tu nacionalidad y aquellos siete días de amor y locura que vivimos y que jamás se perderán en mi memoria.

El Consulado de tu país me ayudó un poco dándome un listado con el número de unos doscientos cincuenta usuarios de la compañía de teléfono, todos coincidían con tus dos apellidos y además vivían en la capital como tú. Pensé que nunca acabaría de hacer y pagar todas las llamadas. Afortunadamente localicé pronto a tu padre y él me contó que te habías ido a Bolivia. Nunca me imaginé que tu fervor religioso te llevaría al extremo de irte con unos misioneros al Altiplano. Yo me pregunto ¿y de qué querías escapar?

Tu padre intentaba ayudarme, pero sólo conocía el nombre de la Misión y no tenía un número, ni siquiera una dirección. Donde yo vivo no existe ninguna representación diplomática de Bolivia. Felizmente los hermanos Jesuitas me dieron una relación de todas las agrupaciones religiosas afincadas allí. En ninguna misión te conocían, hasta que volví a llamar a tu padre. Él me contó que ya no estabas con los curas. Que te habías casado y que tu marido te había llevado a Australia y que lo volviera a llamar porque no tenía tu número.

Nunca te imaginé tan radical, pero no necesito más pruebas, en vez de tener un hijo como hace casi todo el mundo, tuviste trillizos y ése sí que fue un golpe duro para nosotros, me imagino. Porque para mí sí lo fue. Además ¿por qué tuviste que irte tan lejos?

En fin, por lo menos en Australia tienes teléfono, aunque te mudaste tres veces. Ahora te tengo totalmente localizada. Aunque por tu silencio... tal vez mi llamada no te está haciendo especialmente feliz... Sí, ya sé que aún no te digo el objetivo de mi llamada.

Es difícil comenzar. Tanto como si decidiera hacerme un "Hara-kiri", no sabría dónde pinchar mi cuerpo. Déjame coger un poquito de aire. Tanta emoción me ahoga.

A ver, podrías decirme algo tú también ¿no crees?

No es por hacerme la víctima, entre otras cosas porque no lo soy, pero últimamente no como ni duermo. Sólo pienso en Cuba, en La Habana, en el hotel donde la casualidad nos permitió conocernos y, especialmente, pienso en ti.

Siempre recuerdo mi llegada. Yo parecía un fantasma de pelo rojo y tú una experta que organizaba la vida de los turistas mientras durara nuestro viaje. Me ayudaste a encontrar la habitación y luego me esperabas en el comedor. Nunca esperé la ayuda de nadie porque estaba, y aún estoy, acostumbrada a viajar sola. No me incomodó tu gentileza, pero sí me sorprendí al ver que me esperabas en el comedor.

Aquella misma tarde presentí que nuestras vidas se liarían.

En el comedor me presentaste a tu novio y a su hermano. Luego me explicaste que ellos también eran turistas y que venían a conocer la Isla como todos los demás.

Como noté que estabas tan dispuesta a colaborar conmigo, temí que quisieras enredarme con tu cuñado. Después del comedor bajé rápidamente al bar. Allí llegaste sin que te invitara. Te quedaste mirándome fijamente a los ojos y me preguntaste si podías tocarme el pelo.

¿Puedo?, dijiste con una vocecilla que se llevaba el viento.

“Ya lo estás haciendo”, te dije. “No está pintado y te aseguro que este pelo es todo mío”. Una sensación nueva sentí cuando te acercaste para olfatearlo.

“Huele bien”, dijiste.

Esa simple frase me emocionó.

Era muy raro que una chica desconocida me oliera el pelo con tanto entusiasmo. Pero, más raro era que me mirara con esos ojos tan negros, tan grandes, tan brillantes y con esa alegría reflejada en todo el cuerpo. Tus ojos me hechizaron. Tus ojos me sometieron y yo desde ese mismo instante sentí que perdía el papel que jugaba en esta vida y que estaba dispuesta a seguir la senda que tú me trazaras.

Me volví loca, ¿verdad? Una puede cambiar el itinerario de un viaje de vacaciones, pero la ruta de su vida, aquella que está definida con tanta antelación, no es cosa de andarla cambiando por unos ojos bonitos.

En esos momentos tuve la misma sensación que sentía cuando era pequeña y rodaba por las dunas interminables de mi pueblo. Cerraba los ojos y la boca para que no se me llenaran de arena, pero disfrutaba del vértigo que me producía la caída. Sabía que era peligroso no mirar, pero más lo era abrir los ojos.

Y así me quedé, con los ojos cerrados.

Dije adiós a las excursiones. Dije adiós a todo. Incluso a mi pasado.

Jamás me había sentido tan a gusto con alguien. Nadie me había embrujado con tanta fuerza. Tampoco nadie me había excitado tanto, ni siquiera los novios que tuve en mi adolescencia.

¿Te acuerdas de la primera vez que bailamos? Fue la noche en que sólo ponían boleros. Boleros que invitaban a cantar y a bailar. Boleros que todo el mundo conoce. A falta de hombres valientes, se formaron parejas de manera tan improvisada que no sorprendió a nadie ver a la anciana bailando con una chica, ni siquiera llamó la atención el hombre de escasa altura que bailaba con una señora grandota y de escote bajo y voluptuoso. Yo no quise quedarme atrás y mientras tu novio te animaba a que bailaras conmigo, yo simplemente cogí tu mano y sin mediar palabra te saqué a bailar. Lo curioso es que no tuve el menor problema, yo que soy tan pesada para este tipo de ritmos y como pareja de baile soy más bien torpe, no encontré ninguna resistencia mientras te sentía pegada a mí.

Ante el roce inquieto de tus pechos, un temblor recorrió mi cuerpo y me dejó sin aliento. Aquel momento fue el comienzo del mayor descubrimiento de mi vida. Todos mis esquemas se vinieron al suelo. En apenas tres pasos de bolero, me quedé sin identidad.



Jamás viví nada igual: mi voluntad ya no era la mía. Sólo deseaba una cosa en mi vida: ¡besarte!

Sabía que tú deseabas lo mismo. Lo sabía.

Mis ojos y tus ojos ya no miraban nada más. Sólo estábamos tú y yo. El mundo era sólo una pista de baile con un bolero de fondo.

Para salvarte, me dijiste, con un orgullo incipiente, que al mes siguiente te casarías. “¿Con éste?”, te dije mientras lo señalaba con odio y con envidia a la vez. Ése, para mí, no valía nada. Sin embargo, en ese momento deseé con todas mis fuerzas ser aquel hombre que para ti lo era todo.

¿Te vas acordando?

Si no quieres seguir hablando, o mejor dicho escuchando, cuelga el teléfono. Te entenderé. En cambio, si continuas en silencio, creeré que me das tu aprobación para continuar.

No respondes. Podría pensar que tu silencio es por la emoción que te hace un nudo en la garganta o tal vez la sorpresa te ha dejado sin voz, prefiero lo primero. Ahora me falta el aire y me sobran los latidos. ¡Estoy tan emocionada! Aunque no me digas nada, me siento feliz. No sé si reír o llorar. Lo mejor será que siga con la historia de aquellos días.

¿Te acuerdas del día que me pediste que te acompañara a una farmacia? Tomamos un taxi para llegar más rápido. El taxista notó mi desesperación. Era psicólogo, según nos confesó después, por eso dio un par de vueltas de más, pero antes quitó el espejo retrovisor y allí en el asiento de atrás te pedí que me dejaras decirte solamente dos palabras. Tú aceptaste con la condición de que sólo fueran dos. Tomé tus manos y después de besarlas te dije: “Te amo”.

Bajaste corriendo a la farmacia, yo me quedé en el taxi con tanto aire que me ahogaba. Al subir y sin mirarme a los ojos, me acariciaste con un dedo y me dijiste: “Yo también”.

Mi excitación era inmensa. Estaba delirante de felicidad. Sin embargo no sabía qué hacer.

Me encerré en la habitación sin saber si llorar o reír. Una llamada desde mi casa me ayudó a aterrizar; todo estaba bien, me querían y me echaban de menos. Me metí en la ducha y allí estuve un par de horas. Remojada y blanda me tiré sobre la cama y encendí el televisor; necesitaba alienarme con suma urgencia. Necesitaba saber qué pasaba en el mundo para olvidar el mío. También quería conocer algo del país que seguramente no vería, al menos de día.

Si me lo hubieras pedido me hubiera quedado en Cuba toda la vida. Ya sé que no eres cubana, pero sí caribeña y todos los caribeños, diría yo, se parecen. Además estabas trabajando allí y por último nos conocimos en esa hermosa Isla que no llegué a conocer.

Los demás días transcurrieron bajo un hechizo embriagador. A veces rozabas con tus piernas las mías, con tus brazos los míos, y otras rozabas con tu mirada mis ojos y entonces se acababa mi supuesta tranquilidad. Al ver tus ojos de noche encendida, yo sentía que algo dentro de mí crecía y crecía y que, de alguna manera, ese algo tenía que escapar.

Tu novio y su hermano eran una sombra que no podría definir en este momento ya que no recuerdo ni sus caras, ni sus nombres, ni nada.

Mi regreso era impostergable, según el compromiso que asumí con la agencia a la hora de comprar el billete de avión. Deseaba quedarme una semana más, esta vez para conocer todo aquello a lo que había renunciado. También para encontrarme a solas contigo y sin la presencia casi fantasmal de tu novio.

La víspera del regreso del grupo comenzó con una fiesta. Los turistas no querían volver y deseaban exprimir al máximo aquella noche. Unos bebían más que otros y yo me sumé a la fiesta porque necesitaba un poco de alegría y de baile con sabor caribeño. Cuando el madrileño dejó de bailar conmigo, te acercaste y, un poco desconcertada por mi actitud, me preguntaste si me pasaba algo. Sonreí satisfecha creyendo que unos celos repentinos se habían apoderado de ti.

“Iré a tu habitación para despedirme. Siempre que quieras”. Eso me dijiste, y tu voz sonaba distinta.

Esperé una hora interminable e infinita como el mar que nos separa. Cuando llegaste olías a recién duchada. Te justificaste diciéndome entre risas: “los negritos olemos mal cuando sudamos y hoy he sudado mucho”.

Pedimos dos botellas de agua y dos zumos de parchita, que aquí curiosamente se llama fruta de la pasión, que llegaron sin demora. Suspiraste largamente y luego te acercaste y me dijiste: “soy caribeña, pero este mar no ha afectado mis principios. Tengo veintisiete años y aunque no lo creas me voy a casar virgen. Me he enamorado de ti y no soy homosexual. Me considero absolutamente heterosexual, pero te amo. ¿Y, tú qué me dices?”

Ante esa racionalidad, te contesté en la misma clave: “soy extranjera, mejor dicho turista. Estoy casada, tengo una hija y un hijo. Trabajo en una tienda que casualmente es mía. Soy católica, también soy heterosexual y también te amo. Jamás he estado con una mujer y no sabría qué hacer o mejor dicho qué hacerte si decidieras quedarte esta noche conmigo. Por lo mismo seguirás siendo virgen hasta el día de tu boda. Pero me gustaría pensar que

esto seguirá a pesar de los inconvenientes expuestos y que nos amaremos aunque sea de continente a continente. Y ya dejando este estilo que me revienta te pregunto: ¿por qué no te vienes a vivir conmigo, amor?

Felizmente tu actitud cambió como por arte de magia. Te desnudaste y sacaste una camiseta con tirantes que traías en el bolso. Luego te metiste en la cama y me dijiste: “¡ven aquí!” Yo comencé a gatear como un bebé que descubre aquel modo de libertad. Acabé en tus brazos, me besaste mientras me susurrabas al oído cosas como “te amaré siempre cabecita de fuego, aunque me case, siempre recordaré este momento y tus palabras”.

Aquella noche no pude dormir, jamás había estado en una situación como esa. Mi mente, mi alma o mi espíritu parecían sucumbir ante la excitación de mi cuerpo. Pasé la noche guardando tu cintura en la palma de mi mano sin atreverme a acercarme ni un centímetro más de lo que me permitías.

Apenas salió el sol, bajaste de la cama corriendo para darme el último discurso. “¡Jamás podríamos vivir juntas! Y no es porque pertenezcamos a culturas diferentes, ni tampoco porque tu familia o la mía sean conservadoras y religiosas, ni siquiera porque seamos dos mujeres sino porque yo soy negra y tú eres, eres... bueno, tú no eres nada. No eres blanca, ni amarilla, ni negra; eres pelirroja, de pecas rojizas de piel color zanahoria, en fin, que jamás te perdonarían que te unieras a una mujer negra, ni a mí que me fuera contigo”. Te acercaste y con tus ojos negros me miraste mientras dejabas resbalar una tras otra lágrima, sin suspiros, ni sollozos. Con mis manos fui recogiendo tus lágrimas, mientras comprobaba que tus ojos, eran sin duda, los más bonitos que había visto. Nos abrazamos, nos besamos y sin saber cómo, hicimos el amor.

Nunca te volví a ver.

Intenté negociar en el aeropuerto una solución, pero no la encontré. Intenté averiguar tu dirección, pero en la agencia no sabían nada de ti, o por lo menos no le podían dar tus datos a una desconocida. Les dije que era urgente e importante, pero no me creyeron. “Además”, me dijo la chica de la agencia, “ya estamos acostumbrados a que los clientes confundan nuestra amabilidad y se crean con derecho a entrar en nuestras casas y en nuestras vidas”. No tuve más remedio que volver sin saber qué tendría que hacer para ponerme en contacto contigo.

Espera un poco, por favor, es que se me ha hecho un nudo en la garganta y me cuesta hablar. Es difícil. Lo tenía todo preparado, pero ahora me he liado. Lo peor es que no sé si todavía me escuchas o si has dejado el fono sobre un mueble y yo aquí con toda la emoción, ya no sé si seguir hablando. Tal vez sigues ahí.

Creo que he oído tu respiración. ¿Me disculpas? Es que no sabía que me iba a encontrar con tu silencio y con esta desesperación en el alma. Ahora te contaré la parte que no sabes ¿vale?

En cuanto llegué a mi casa se lo conté a mi marido. Él no pudo perdonarme. Se fue de casa. Tú tenías razón; según él, mi error no era haberme enamorado de una mujer, sino de una mujer negra.

Mi madre y mi padre no me permitieron volver a su casa, aunque a veces llamo al viejo a su despacho. Sé que él me comprende, pero ella sigue siendo intransigente conmigo y ante mis llamadas se muestra ofendida y huraña, pero sé que me quiere y que me perdona.

Mis hijos, en cambio, se mueren de ganas por conocerte.

Aquí me tienes, no he vuelto a besar a nadie. Ni me he vuelto a enamorar.

He vendido la tienda y me he comprado un bar, donde pongo boleros y más boleros. Abro el local a las tres de la tarde y lo cierro a las tres de la mañana. A eso de la medianoche, salgo a la calle, miro el cielo y pienso en ti. Me gusta la noche porque es mujer y a veces es negra como tú.

Que para qué te he llamado, te preguntarás. Te he llamado para repetirte esas dos palabras. También para decirte que mi bar se llama como tú y que si algún día decidieras visitar el Mediterráneo sólo has de buscar en mi ciudad un local con tu nombre escrito en un cartel que se divisa a lo lejos. Aquí me encontrarás esperándote. Pero si, a pesar de todo, no quieres arriesgarte a ser feliz y aún deseas guardar un poco del amor que compartimos en Cuba, sal tú también a la calle y mira el amanecer y cuando veas el cielo rojo, piensa que es mi piel, mi pelo y mi boca y abrázame, que para esas horas aquí ya habrá oscurecido y yo, como siempre, estaré en la calle esperando el milagro de verte en la noche.

### **Carta a un sexólogo**

Si le escribo esta carta es porque nunca me atrevería a pisar la consulta de un profesional del sexo. Tengo mis pudores. Yo sé que usted me entiende perfectamente porque de lo contrario no tendría este servicio por correspondencia.

Doctor, hace muchos años que estuve terriblemente enamorada de Ernesto, y después de mi desilusión con aquel chico, pasé nada más y nada menos que siete años esperándolo por si se arrepentía, pero nunca lo hizo. ¿Será que los hombres siempre se arrepienten tarde, o nunca?

Pues bien, el asunto es que durante aquel tiempo yo comencé a evocarlo acariciando mi cuerpo tal y como lo hacía él (bueno, casi), hasta que llegué a la masturbación. Una vez

cada quince días me dedicaba al onanismo. Pero le fui cogiendo gustillo al asunto y aumenté tanto la frecuencia que llegué a practicarlo una o dos veces diarias. Me asombra haber llegado a llevar las cuentas.

Al comienzo utilizaba algunosartilugios, pero fui depurando la técnica de tal manera que llegué a rechazar cualquier objeto que no fueran mis propias manos. En fin, que en un año me convertí en una experta. Lo mejor de todo es que no tenía que esconder ningún objeto "pecaminoso" porque, ¿quién iba a sospechar de mis inocentes y cómplices dedos? Nadie, creo yo.

Antes de desnudarme miraba el reloj y, cuando llegaba al orgasmo, encendía la luz de mi habitación y tomaba nota del tiempo. Los primeros meses tardaba dos o tres minutos, pero al cabo de los años llegué a durar una hora. Puede parecer una extravagancia lo que le escribo, pero le juro que es la verdad. Es más, hubo algunas veces que sobrepasé la hora. Para resumir: aprendí a amarme a mí misma y, ¡cómo lo disfrutaba!

Pero un día cualquiera apareció Guillermo hablándome de la posibilidad de convertirnos en una pareja y susurrándome al oído me dijo cosas tan románticas que decidí dejar mis hábitos de solitaria empedernida. Al poco tiempo hicimos el amor, pero yo no sentí ni la décima parte de satisfacción que cuando lo hacía a solas.

Después de él han aparecido otros tantos, pero la cosa no funciona. A veces tengo que recurrir a la imagen de mis noches solitarias para conseguir estimular mi cuerpo.

Ya puede usted imaginarse doctor, cuál es mi problema. Ya no me gusta hacer el amor con nadie. Todo falla. Ninguna persona es capaz de proporcionarme el placer que yo me brindo a mí misma. Ahora bien, usted pensará que soy una egoísta y que tal vez yo no he dado nada a mis amantes. Si lo piensa se equivocaría, todos quedan absolutamente complacidos, tanto que insisten y me buscan intentando repetirlo conmigo, pero yo me niego a seguir experimentando. Esto lo comprende, ¿verdad?

Como podrá imaginarse, yo necesito un remedio urgente porque, como bien sabe usted, no sólo de amor vive la mujer. Yo quiero una pareja estable, quiero tener hijos como todo el mundo y quiero, además, estar enamorada del futuro padre de mis hijos. Pero además de amar, necesito tener un poquito de placer con esa persona.

¿Qué me aconseja doctor? ¿Me olvido de mis planes y sigo sola? O bien, ¿finjo placer y después me lo hago en solitario? ¡Conteste pronto por favor!